

NOSOTROS

REVISTA SEMANAL DE CENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los lunes. — Precio de suscripción: 4 rs. al mes en Madrid. — Se suscribe en Madrid, librerías de San Martín, calle de la Victoria; La Publicidad, pasaje de Mathieu; Bailly-Baillière, calle del Príncipe; y en el establecimiento tipográfico de D. José Casas y Díaz, calle del Lobo, núm. 12. — En Provincias, dirigiéndose en carta franca á la Administración, calle de Preciados, núm. 52, 5.º, diez sellos de cuatro cuartos por un mes, y treinta por trimestre: suscribiéndose por medio de correspondientes, 18 rs. por un trimestre. — Un número suelto, 2 rs. vn.

NOSOTROS.

ARTÍCULO ETERNO.

¿Acaso os figurais que nosotros somos los seis ó veinte individuos que escriben para este periódico? Os engañais, vive Dios. Nosotros vivimos en todos los tiempos, y tenemos derecho á participar de todas las glorias é infortunios de la humanidad. Así como somos los primeros en la gramática, lo somos también en la historia: esto no impide que seamos los últimos cuando se trata de dinero.

Sin nosotros hubieran sido un sueño las generaciones que pasaron, los descubrimientos científicos, las grandes batallas, los célebres poetas, los modernos diplomáticos. Sin nosotros, en fin, hubiera pasado desapercibida en la huerta, digo, en el jardín teatral la aparición de doña Fernanda Llanos, condesa viuda de Valentini.

Desde que Cain mató á Abel, hasta que el Sr. Camprodon ha escrito el *Cocinero*, hemos asistido á toda clase de *guisados* históricos y literarios. ¿Qué objeto hubieran tenido la manzana del árbol prohibido y la venida del Mesías, si nosotros no hubiéramos pecado? Y si nosotros no hubiéramos descubierto la América, ¿fumaría V. el rico habano, cuyas espirales de humo desvanecen su negro humor?

No he oído arenga de general, ni plática de padre predicador, ni discurso político, que no empiece así: *Nosotros...*

¿Y no os da esto á conocer que nosotros estamos en todas partes? Hasta las altas dig-

nidades de la tierra se atribuyen un *Nos*, que no es otra cosa que un embozado *nosotros*.

Esta es la razón de que nos apropiemos todas las glorias de la humanidad. Sí; para nosotros escribió Homero su *Iliada*, Dante su *Divina Comedia*, Milton su *Paraíso Perdido*, Cervantes su *Quijote*, Víctor Hugo sus *Orientales* y el Sr. Larra la *Perla negra*. Sí; para nosotros inventó Guttemberg la imprenta, Newton descubrió las leyes de la gravitación universal, Galileo el sistema planetario, Parmantier la patata, el Sr. Hartzenbusch la falsedad de los amores reales de Villamediana, los portugueses la India, y los arsenales artísticos del Circo un bergantín *pirata* de nuestra literatura.

Así, pues, no nos tomeis en adelante por una fracción raquítica de este ó aquel país, de este ó aquel siglo, de esta ó aquella bandera literaria ó periodística. Somos individuos de esa larga procesion que se nombra humanidad, dividida en grupos (para que pase con más comodidad la calle de la amargura) llamados generaciones: venimos de un país desconocido, caminamos á tientas, y caeremos por fin en un mar sin riberas, donde nos aguardan los *Nosotros* que van delante y las obras silbadas.

Por lo demás, hemos tenido toda clase de creencias: hubo un tiempo en que adoramos al sol, á la tierra; más tarde creímos cándidamente en la mujer y en la regeneración del arte dramático; hoy creemos todavía que puede ganarse dinero con un periódico literario y con barítonos como el Sr. Pacini.

Identificados con los grandes infortunios, nada hay ya que pueda sorprendernos, ni aún el Sr. Arjona vestido de godo. Las revoluciones han pasado por nosotros, dejándonos una lección y una mancha: la experiencia de tantos siglos no es bastante á hacernos más sábios ni más prudentes que nuestros antepasados. ¡Triste cosa es la experiencia! ¿De qué le ha servido, en efecto, al Sr. Salas, cuando lleva cinco derrotas en su teatro?

Nosotros, pues, vencidos y vencedores, sábios é ignorantes, hemos dejado en la tierra un surco de sangre y un rayo de nuestra gloria (figura retórica). A veces hemos regado con lágrimas el sitio de una inmensa catástrofe, mientras nuestros compañeros entonaban el primer cántico de su libertad. A veces también elevábamos un templo á Dios, porque nos habia ayudado á matar muchos hombres... ¡ah! ¡qué horrible es la historia!

Hablemos de lo presente: y lo presente es *El hijo de la noche*. ¡La noche! Hé aquí una madre cariñosa, que á lo ménos no deja ver la desnudez de su hijo. Y mucho más si es como boca de lobo. ¡Hijo de la noche! ¿Si lo seré yo, que nací á las once y media de una de Agosto? Pero no, recuerdo ahora que nosotros somos hijos de nuestros padres.

Réstame haceros una advertencia: nosotros somos inmortales; ni la edad, ni el cólera, ni la Zarzuela, ni el Sr. Urries, nada podrá aniquilarnos; y cuando desaparezca una generación, habrá siempre un día de difuntos, en que se diga al doblar de las campanas: *¡Rogad por nosotros!*

Luis Rivera.

¡DIOS MEJORA SUS HORAS!

Episodios de la vida.

A LA UNA DE LA MADRUGADA.

No vuelvo á jugar más al tresillo. Acabo de perder los únicos ocho duros que me quedaban, y estamos á mediados de mes. Esto marcha.

A LAS DOS.

Luisa debía esperarme á esta hora, y sin embargo, ya no se ve luz en su gabinete. ¿Habrá ocurrido algo? Voy á preguntárselo al sereno.

¡Cielos! ¿será cierto lo que acabo de saber? Un

jóven, que se dice primo de Luisa, ha venido á buscarla ayer tarde, y se ha marchado con ella á Aranjuez en el tren de las ocho. ¡Cómo lucirá por aquellas alamedas el vestido que me ha hecho pagar hace ocho días!...

A LAS TRES.

— ¡Hola! ¿qué haces tú parado á estas horas en la calle, y suspirando como un babieca?

— ¿Quién? ¡yo! No lo creais; es que me parecía que empezaban á caer algunas gotas.

— No es posible; las únicas que han caído, están fermentando en nuestras cabezas.

— Pues ¿de dónde venís?

— ¡Toma! de cenar en los andaluces.

— ¿Y dónde vais?

— A continuar la diversion hasta que amanezca.

— Bueno; iré con vosotros, ya que seguis el camino de mi casa.

A LAS CUATRO.

Me encuentro detenido en la comisaria de barrio, á la cual me han acompañado dos municipales.

Mi delito, segun me han dicho, es haber roto de una pedrada un cristal y la cabeza de un marido que se habia asomado al balcón, al oír en la calle el nombre de su mujer.

Es muy posible que desde aquí me conduzcan á la cárcel. ¡Oh! ¡deberes santos de la amistad!

A LAS CINCO.

Gracias á otras varias desgracias ocasionadas por los alegres jóvenes que me acompañaban hace un rato, la autoridad ha conocido mi inocencia, y acabo de entrar en mi casa. Sobre la mesa de noche tropiezo con la siguiente carta:

«Cavayero:

«Sois un himfame: abeis avusado de mi igno-
«cencia: debolvetme la quorbata ge os rregale ace
«seis mezes, y el pañuelo de olhandin con mis ini-
«ziale.

»LUISA.»

He hecho pedazos la carta y el papel en que habia pensado contestar.

A LAS SEIS.

Los días risueños de la infancia, las ilusiones seductoras de la juventud, los delirios de mi primer amor, tan puro como desventurado, todos esos placeres violentos y embriagadores en que mi alma se ha bañado tantas veces como en un océano de aromas, acaban de pasar ante mis ojos y de reflejarse en mi imaginación, semejantes al

fuego y al humo de un incendio todavía lejano. Despues he visto el espectro de mi porvenir, sombrío y velado entre nubes de color de sangre, y mi fantasía me ha representado el cuadro desgarrador de todas las miserias y de todos los dolores adheridos como otros tantos pólipos á la roca desnuda y árida de mi existencia.

Un rayo de sol que ha penetrado por la rendija de la ventana, ha herido mi pupila y me ha hecho conocer que estaba soñando. Pero ¡qué sueño tan horrible!

Siguiendo el ejemplo de muchos sábios, he cerrado los ojos á la luz y me he vuelto del otro lado. Voy á dormirme pensando en la gloria, en la riqueza y en la felicidad, esos tres ejes de la vida, alrededor de los cuales gira eternamente el género humano.

À LAS SIETE.

—¡ Señorito, señorito...!

—¡ Hum! ¿Qué diablos quieres, que me vienes á despertar á estas horas?

—Si ya son las siete...

—Bien; mas para el que se ha acostado á las cinco...

—Es que D. Félix, su amigo de V., está esperándole en el despacho...

—Anda, y dile que ya voy.

À LAS OCHO.

—¡ Eh! ¿has acabado ya de vestirme? Una hora justa hace que te estoy aguardando.

—Perdóname, querido Félix; pero he pasado una noche tan agitada...

—Ya lo creo: los escesos acabarán muy pronto contigo.

—Pero, en fin, ¿qué quieres?

—Quiero que me des ahora mismo tu frac negro y el reloj, si no lo necesitas esta mañana.

—¡ Chico! Pues ¿dónde vas?

—Voy á ver si descubro lo verdadero por el camino de lo falso.

—Explícate.

—Creo que he pensado en casarme, y hoy debo ser presentado á mi futura.

—¿ Es rica?

—Lo bastante para que podamos vivir honradamente.

—Ella sí; pero ¿y tú?

—Yo trabajaré para conquistarme una posición.

—Si todo eso puedes lograrlo con mi reloj y mi frac, tómalos, Félix, y ojalá te ayuden como deseo.

—Vengan, y Dios te... voy á desocupar los bolsillos.

À LAS NUEVE.

No puedo volverme á acostar; y sin embargo, el sueño baja á cada instante mis párpados.

Leeré algo; justamente tengo aquí la comedia que mi amigo Paco quiere presentar á *Novedades*, y que me ha pedido le corrija.

¡ HIJO QUERIDO!

Comedia en tres actos, etc., etc.

ESCENA 1.^a

EL PADRE, LA MADRE Y EL HIJO.

P. Tu capricho, esposa, es ley.

M. Sé de niños más que tú.

¿Qué quieres ser, Quico?

N. ¡ Rey!

P. ¡Qué talento tiene...!

N. Ó buey,
papá, para hacerte ¡mú!!...

Mi amigo será con el tiempo un buen autor dramático, sobre todo, si se dedica á escribir zarzuelas. Su obra tiene cosas de mucho efecto; pero á mí no me lo producen como deseo.

Yo necesitaría ahora, para entretenerme, algun libro cuya lectura estuviera prohibida.

À LAS DIEZ.

He pedido el almuerzo, no sabiendo qué hacer, y me han puesto sobre la mesa:

Media docena de cangrejos.

Una chuleta de cerdo, sin patatas.

Y un pedazo de queso de Gruyere.

Quizás serán estas las tres únicas cosas que no puedo comer sin repugnancia. Es una delicia vivir en Madrid, y en una casa de huéspedes.

Me voy á lanzar á la calle, y ver si como en cualquier fonducho, al ménos las patatas, de que carecía la chuleta.

À LAS ONCE.

Acabo de pasar tal vez por la mayor humillación que puede sufrir un hombre honrado.

Tenia una peseta en el chaleco, que se habia salvado del juego, merced á un descuido de mi patrona en coser cierto agujero del forro del bolsillo, y por ella, y con ella penetré en la modesta fonda de una calle no ménos modesta.

Solo habia otra persona almorzando en el establecimiento. Verdad es que esta persona es el solo enemigo que tengo en la redondez de la tierra. Jugador de ventaja, pendenciero, desacreditado y despreciado por todo el mundo, el hombre á que me refiero habia acudido á mí en cierta ocasion peligrosa, solicitando, no ya que fuera su salvador, sino su cómplice. Mi respuesta fué como de-

bia ser, y el odio del miserable me ha perseguido desde entonces como un remordimiento.

Contrariado por esta circunstancia, almorcé mal y deprisa un bistek, que era lo único que permitía mi escasa fortuna. Dí mi peseta al mozo, y cuando ya me levantaba para salir, oí la voz de éste, entre burlona y sentimental, que me decía:

—Caballero, esta peseta es falsa.

Llevé entonces la mano á mi reloj, pero mi reloj estaba sirviendo á los planes vergonzosos de un amante especulador; quise murmurar algunas palabras, y volví á sentarme de nuevo, casi sin sentido, y sofocado por el despecho más que por la vergüenza.

Pocos momentos después volvió el mozo, y con acento suplicante y tímido me alargó mi sombrero exclamando:

—V. S. dispense, señorito; ha sido una equivocación mía: la peseta no es falsa; pero no la tomo, porque está pagado el almuerzo de usted.

Dirigí una mirada vengativa y terrible á mi enemigo, que destapaba en aquel instante una botella de Champagae, y éste me contestó con un afectuoso saludo, que me acabó de trastornar del todo.

Cuando salí á la calle, me miré á un espejo en la Puerta del Sol, y se me figuró que había encanecido.

Á LAS DOCE.

—Cartero, ¿lleva usted algo para mí?

—Sí, Sr. D. Carlos, ahora iba hacia casa; tome usted esta carta de Aragon; Andalucía no se ha repartido aún.

—Gracias, no tengo suelto ahora.

—Lo mismo da; mañana me pagará usted.

Rompo la oblea; la letra es de mi padre, y mi padre no me escribe más que para mandarme dinero, así como yo le escribo solo para pedirselo.

«Zaragoza 13.

»Querido hijo: Tu madre y tus tres hermanas están gravemente enfermas: te escribo con el único objeto de darte la noticia, para que no estés con cuidado. Estoy muy deprisa: adios; consérvate bueno, y manda á tu padre.»

Corro á versi un paisano mio tiene noticias más detalladas; pero los curiosos apenas me dejan andar. ¿Qué miran? ¡Ah! la bola negra acaba de subir en el telégrafo de Correos, marcando las doce. ¡Bola feliz! ¡Yo te cambiara gustoso por mi cabeza!

Manuel del Palacio.

(Se concluirá.)

RÁFAGAS.

—Papá, ¿cree V. que haya quien aplauda de buena fé el naturalismo exagerado con que Romea nos hace olvidar algunas veces su talento?

—Sí, hijo mio; hay quien aplaude eso de buena fé, lo mismo que hay quien bebe con mucho gusto el vino con agua.

—¿Papel de mujer casada

No quiere la actriz Inés,

Y el de doncella le agrada?...
Sin duda está acostumbrada

A fingir lo que no es.

—¿De dónde viene V. tan acalorado, doctor?

—Amigo, vengo de visitar mis enfermos, y he tenido que correr nada ménos que desde la calle de Leganitos hasta el portillo de Gilimon.

—Segun eso, todos los enfermos de V. están en el último extremo!...

Llamé una vez «¡diputado!»

Á un loro muy hablador,

Y replicóme el taimado:

—Ya lo fuera, á haber votado

Los hombres de mi color.

Sucede con el amor verdadero lo que con los buenos libros: cuando uno va llegando al fin, siente no encontrarse todavía en el prólogo.

¿Sabeis en qué se parece un pantalon roto para un sarao, á muchos pretendientes?

En lo inservibles...

¿Y los médicos y los maestros de escuela á los escasos hombres de bien?

En que se les paga mal...

¿Y los vanidosos *eruditos á la violeta*, á los sábios amables y modestos?

¡En nada!

Y, por lo que cuestan, ¿á qué se parecen un caballo cuando sube el pienso, y un reloj cuando le gasta un estudiante?

A las novias del día...

¿A qué se parece el periodismo?

¡A los mitológicos suplicios de Sísifo y de Tántalo!!

¿Y la vergüenza de muchos hijos de Adán á la funda de un paraguas?

En lo imperceptibles...

¿Y un paraguas de familia á un ébrio?

En que toda la calle es suya...

¿Y muchas cosas vigentes, al Conservatorio de Bellas... Artes?

A un enmarañado laberinto.

¿Qué efecto producen: un niño, viejo; un viejo, niño; una niña, coqueta; una mujer que de todo entiende; una suegra que se mete en todo; un empleado que suma 10 y 3 quince; un marido que hace calceta; un vago, con escudos encima de sus apellidos; una petaca con glóbulos homeopáticos; unos padres que solo quieren yernos ricos; un hijo de familia que asiste más al villar que á la cátedra; un estemporáneo amor de mujer metalizada; un redactor de inseparable tijera; un Narciso, *cujus deus venter est...* y mil millones de cosas nauseabundas?

¡Producen risa, grima y compasión!

Diálogo entre un amo y su criado.

— Juan, ¿llevaste mis cartas al correo?

— Sí, señor.

— ¿No viste que uno de los sobres iba en blanco?

— ¿Quién lo duda?

— ¿Y aún así la echaste al buzón?

— Sí, señor: creí que V. lo hacía con la idea de que yo ignorase el nombre y dirección de la persona.

Nosotros.

POESÍAS.

ACRÓSTICO ¹.

V ngelical príncipe de Asturias,
I aurel magestuoso de grandeza;
E loreciente vástago de fineza,
O bsequio prodigioso de hermosuras,
N ació para monarca de las Españas,
S oberano providencial hermoso;
O bjeto ilustre y muy gracioso,
D ivertido feliz con buenas mañas,
O bediencia todos debemos prestar
O mo ángel de ventura obstar
E ste será el Rey de las hazañas.

LA BUENAVENTURA.

Gitanilla de negros cabellos,
Que enredando las almas en ellos
Recorres la villa
Quitando pesares;
A la de ojos rasgados y bellos
Que amo yo, ve á decir, gitanilla,
Tus dulces cantares.

La dirás que te muestre su mano;
Y si tu arte no invocas en vano,
Sorprende, gitana,
Sus sueños de amores;
Adivina hasta el último arcano;
Díme, maga, el galán que mañana
Tendrá sus favores.

Y al decirla la buenaventura,
Peregrina, sin miedo asegura
Que mi alma la adora,
Que muero por ella;

¹ No queremos privar á nuestros lectores de un acróstico impreso en un manifiesto de un español monárquico-constitucional, firmado por D. José González Estrada, que con himnos y coros patrióticos del mismo mérito, conservamos en nuestro poder.

¿Si será rana el Sr. Estrada?

Porque no hay en la villa hermosura,
Ni en la fértil campiña pastora
Más pura, más bella.

Una tarde la ví en el sotillo,
Por que audaz la llevó el rebocillo
La brisa ligera
Que mece las flores;
Cautivóme su encanto sencillo:
Desde entónces, há un año, hechicera,
Que muero de amores.

Desde entónces, áun de ella distante,
Cual la verde palmera á su amante
Mi pecho la envía
Su tímida queja;
Desde entónces, por verla un instante,
Muchas noches sorpréndeme el día
Cantando á su reja.

Repicó la gitana el pandero,
Sonrióse, y un aire ligero
Cantó maliciosa
Con gracia y soltura.
A otro día vendió al caballero
Los secretos de amor de su hermosa,
La buenaventura.

Juan A. Viedma.

EN UN ALBUM.

Las ondas azules que besan la playa,
Las aves canoras que cruzan el bosque
Con mágicos trinos y dulce armonía,
Murmuran un nombre.

— ¿Qué nombre, me dices, murmuran las olas?
— ¿Qué nombre las aves repiten? — ¿Qué nombre?
Aquél que más grato resuena en mi oído,
El tuyo, Dolores.

MADRIGAL.

Como la flor al rayo
Del tibio sol de Mayo,
Así se abrió mi pecho á tu pasión.
Como á la flor el viento
De Octubre turbulento,
Así secó tu amor mi corazón.

Mannuel del Palacio.

¿Con velo echado, á deshora,
Y esta rara manteleta,
Me conocerán, poeta?...
— ¿Quién no conoce, señora,
A la mujer que es coqueta...?

C. Domínguez Arribas.

CRESCENDO.

Los blandos céfiro,
Las tiernas aves,
Las blancas nubes
Y las suaves
Tintas fantásticas
Del cielo azul:

El brillo pálido
De las estrellas,
Y el de la luna
Que iba con ellas
Casi borrándose
Cándido tul...

—
Todo anunciaba,
Todo decia
Que el sol llegaba,
Que amanecía...
Que tras la lóbrega
Noche sombría,
Dios dijo al mundo:
¡Sea la luz!

P. A. de Alarcon.

EPITAFIOS.

Aquí yace Don Judas, buen poeta,
Buen amigo, buen juez, buen diputado.
— ¡Qué horror! ni aun á los muertos se respeta.
¡Qué vilmente calumnian al finado!

Rafael García y Santisteban.

Aquí enterrarse le plugo
Al editor más menguado,
Que el ser, como fué, delgado,
No le impidió ser verdugo;
Fué de las letras el yugo,
Calamidad general;
Y con hacer tanto mal,
Esquilmando á tanto autor,
Murió... pásmate, lector,
De su muerte natural.

Mariano Z. Cazorro.

REVISTA DE TEATROS.

Con mera introduccion, prólogo, exordio, ó cosa que se le parezca, escribiré mi revista de teatros; mas prometo tambien ser tan franco, y con mi tajante en mano, vulgo pluma, dar tales cuchilladas á diestro y á siniestro, que ponga enmienda quien á su deber haya faltado.

Tiempo es ya que los directores de escena examinen con detencion las obras que se les presenten; tiempo es ya que rechacen las malas y acojan las de mérito real y verdadero; tiempo es, en fin, que sean imparciales, severos, y que depongan á un lado la amistad que los una al autor de una comedia, drama ó zarzuela; porque el público, ignorante quizá de los misterios de bastidores, puede llegar á traslucir lo que yo tengo olvidado, y os juzgue entónces, señores empresarios, con más severidad que ahora lo hace.

Felix qui memoriam bonam habet.

No echad en saco roto este principio, que el final ya lo veréis.

CIRCO. De ese cúmulo ó inmensidad de obras de que abunda este coliseo, segun sus directores y empresarios, salió á luz el sábado 16 del corriente el drama en tres actos y en verso, original del señor Estrella, titulado *D. Alfonso el Sabio*.

¿Habeis asistido á una famosa corrida de toros en tiempo del malogrado Paquiro? Pues el mismo

éxito obtuvo la mala produccion del Sr. Estrella.

En cuanto á su ejecucion, la ignoro; pues convirtiéndose el Circo en otro circo de toros, y me fué casi imposible el escucharla.

¿De qué ha servido en esta ocasion el comité de censura? Si no le hay, ¿de qué el talento de los Sres. Romea y Arjona, para admitir esa obra? ¿A qué esponderse á los desaires de un público que en repetidas ocasiones los ha aplaudido? ¿Ignoraban que el drama era malo? Lo dudo... ¿Es el Sr. Estrella amigo de los empresarios?...

Si *El rival de charol*, comedia en un acto, nuevamente desarreglada del francés por un incógnito autor, no nos la hubiera dado á conocer hace quince dias D. Manuel García Gonzalez en el teatro de Novedades, con el titulo de *Un novio al óleo*, nos ocuparíamos de ella: así pues, dejo en paz, por hoy, al teatro del Circo con *Los tres enemigos del alma*, *¡D. Tomás! El desden con el desden*, *Lluven bofetones*, *El huésped del otro mundo*, y *Mi secretario y yo*, obras ya muy conocidas, puestas en escena en la semana anterior.

PRÍNCIPE. A vueltas ha andado este teatro, desde mi última revista, con *La capa de José*, *Géneros ultramarinos*, *El maestro de baile*, *Dos y uno*, *El diablillo con faldas*, *Una noche de novios*, *La mosquita muerta*, *La huérfana de Bruselas* y *La calumnia*.

La ejecucion de esta última obra, estrenada en tiempo de Matusalem, ha sido bastante mediana por todos los actores que en ella tomaron parte, esceptuando á la Sra. Palma y al Sr. Valero, que estuvieron á la altura de su indisputable talento. El Sr. Ossorio desempeñó su papel con bastante naturalidad.

Otra novedad puso en escena este coliseo la noche del viernes último, para el debut de la señora Fernanda Llanos de Valentini: *La vaquera de la Finojosa*, drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Eguilaz.

¿Ya empezamos? ¡Temprano es noche, y amanecía! Solo le falta al teatro del Príncipe que pongan en escena producciones que sabe de memoria el público, para que éste le abandone por completo. Preciado me veré, si no toma otro camino, á decirle á la empresa verdades de tomo y lomo.

Guardaré silencio por ahora, y omitiendo el análisis de una obra juzgada ya por toda la prensa, paso á su ejecucion.

Si bien es cierto que la Sra. Llanos en varias ocasiones cantó los versos en vez de recitarlos, y que estuvo fuera de situacion en la escena del tercer acto, cuando quiere impedir el desafio entre su padre y el marqués, nos reveló, sin embargo, en todo el segundo y en el diálogo con Iñigo en el último, las grandes prendas de que está dotada para llegar á ocupar un puesto digno entre nuestras primeras actrices. Valero estuvo inimitable; Olona y Sunyé acertados; Mario sabe lo que se pesca, y Lamotte con bastante aplomo y desembarazo en la difícilísima escena final del segundo acto.

JOVELLANOS. Paso revista con la rapidez del rayo; me abstengo de dimes y diretes; no critico á *Un caballero particular*, *Por conquista*, *Céfiro y Flora*, *El lancero*, *Catalina* y *El diablo en el poder*, y si lo hago de *El estreno de una artista*, pues pláceme tambien daros cuenta de su ejecucion.

La Sra. Santa María fué muy aplaudida, y con

justicia, en el rondó final: el Sr. Salas desempeñó su parte con bastante acierto: El Sr. Calvet dejó algo que desear: y la Srta. Ana Rodriguez y el Sr. Salces...

No muy bien fué recibida la noche del 16 por el constante público á este coliseo la zarzuela en un acto y en verso titulada *Un cocinero!* arreglada del francés por D. Francisco Camprodon, música del Sr. Fernandez Caballero.

No obstante que el monólogo y la escena en octavas reales, puestas en boca del jefe de cocina, están escritas en buen castellano, salpicadas de chistes y versificadas admirablemente, en que creimos conocer el estilo de algun otro autor dramático aplaudido, no por eso dejo de conocer, que las restantes estan muy descuidadas, carecen de interes, y finaliza el juguete por ser lánguido y pesado.

En cuanto á la música, empiezo y concluyo por elogiar el coro de introduccion, única y esclusiva pieza de mérito, que el público aplaudió é hizo repetir.

Los autores fueron llamados al palco escénico, y apareció tan solo el Sr. Caballero.

Concluyo encomiando en el desempeño de la obra á Caltañazor, censurando á Fuentes por exagerado en algunas escenas, y reprobando á la Santa María, por estar fuera de su carácter la parte que se le habia confiado.

Más acierto en el reparto de papeles, autores ó empresarios; y si he juzgado inconveniente y fuera de carácter á la Sra. Santa María en esta zarzuela...

Puer sum, et pueri semper cupiunt aliquid scire novi.

Otro estreno desgraciadísimo se verificó la noche del 18: *Un primo*, en un acto y original de D. Carlos Fontaura, y música de D. Antonio Rovira.

Figúrate, lector amigo, una zarzuela sin espocision, sin trama, sin argumento, sin situaciones, sin chistes y sin desenlace, y podrás adivinar el éxito que obtuvo; es consiguiente, vivió lo que muchas empresas en los Estados-Unidos; esto es, un solo día.

En honor de la verdad, al músico se le fué el santo al cielo; los Sres. Calvet y Cubero no pusieron nada de su parte; y la Srta. Murillo hizo cuanto pudo por enterrarla, á pesar de los esfuerzos del Sr. Fuentes para impedirlo, conduciendo á la victima al cementerio extramuros del olvido.

¿Se admitió sin exámen la obra del Sr. Fontaura? No cabe duda. ¡Feliz él por la parte que le toca, y desgraciada la empresa si sigue por senda tan tortuosa!

NOVEDADES. Al oír tal espresion, mis suscritores creerán, no sin razon para ello, que habrá dado muchas este coliseo: se engañan. No siempre lo bueno es bueno, *Dos y uno*, *Simon Bocanegra*, *La cabaña de Tom*, *Las Huérfanas de la Caridad*, y *La gratitud y el amor*, única nueva en toda la semana; drama en tres actos y en verso, original del Sr. Galvez Amandi. Aunque el asunto es trivial y de escaso interes su argumento, está bien escrito, y su versificacion es elegante y fluida. Fué interpretado por la Sra. Rodriguez de una manera admirable; con bastante naturalidad por la señora Sampelayo y los Sres. Delgado, Calvo y Zamora; y detestablemente mal por la Sra. Scapa.

El drama fué aplaudido en sus tres actos, y el autor llamado con justicia al final, presentándose acompañado de la Sra. Rodriguez y el Sr. Delgado.

¿Encontrais mucha novedad en las obras mencionadas? Como estoy seguro que seréis de mi opinion, cierro el pico, y concluyo mi crónica á paso de carga, asustado de tantas traducciones conocidas y malas, que me han hecho ver los teatros, como cronista de la presente semana.

*Interpone tuis interdum gaudia curis,
Ut possis animo quemvis sufferre laborem.*

Paco Neyn.

TEATRO REAL.

Por indisposicion de nuestro buen amigo y colaborador el Sr. Corchea, privamos á nuestros suscritores de la revista musical de la semana anterior: en el próximo número daremos la correspondiente á ambas. Creemos que nuestros conse-cuentes abonados nos dispensarán esta falta, en gracia del sensible objeto que la motiva.

ESPOSICION DE PINTURA EN 1858.

DRAMA DE MUCHOS CUADROS, QUE SE IRÁN ENSEÑANDO POR SU ÓRDEN Á LOS ESPECTADORES.

El teatro representa un patio convertido en bonita rotonda; convenientemente iluminada y adornada con muchos y muy buenos cuadros, colocados con tino algunos y otros sin él.

La escena es en la calle de Atocha, en el Ministerio de Fomento: se prohíbe entrar en el escenario con bastones; y no se permite estar con sombrero, porque cualquier bastonazo en la cabeza seria muy peligroso. Por una anomalia singular, los actores están mudos y los espectadores son los que hablan.

ACTO PRIMERO.

SÓCRATES reprendiendo á ALCIBIADES. (N.º 73.)

D. SEVERO. ¿Me hace V. el favor de decirme lo que representa ese cuadro?

D. JUSTO. Este cuadro representa á Sócrates reprendiendo á Alcibiades en casa de una cortesana.

D. SEVERO. Permítame V., caballero. Me parece que se ha equivocado. Con Sócrates no me meto, porque es una persona muy formal; pero ¿cómo el pintor se ha propuesto representar en ese mo-zuelo al vencedor del Helesponto y de los Espartanos? Mire V. bien el librito, porque se me antoja que ese cuadro no caracteriza el asunto, y más bien parece un director reprendiendo á alguno de sus alumnos.

D. JUSTO. Amigo mio, si me dijera V. que algunas partes del cuadro están mal dibujadas, y otras admirablemente bien, le daria la razon; pero en cuanto á que quiere representar lo que á V. le he dicho, aquí está el catálogo que no me dejará mentir.

D. SEVERO. Si lo dice el libro, habrá que creerlo. Veamos este otro cuadro.

SAN PABLO. (N. 93.)

¿Quién es ese fraile tan alto y con tantos hábitos?

- D. JUSTO. San Pablo.
- D. SEVERO. Otra tenemos; si San Pablo era pequeño, y esa figura es la de un bello modelo y nada más...
- D. JUSTO. Pues lo mismo que el cuadro del señor Hernandez, éste, es obra de trabajo, de paciencia y tiempo por los muchos detalles. Repare V. lo bien labrado de los paños del Santo.
- D. SEVERO. No; lo que es relativamente á paños, puede decirse que el autor no se ha andado en paños calientes. Hay bastantes para vestir toda una comunidad.
- D. JUSTO. Muy criticon me parece V.
- D. SEVERO. Algo soy; pero la critica, siendo justa, creo que, léjos de ser perjudicial, es conveniente. Además, ¿para qué tenemos los ojos en la cara, sino para ver que es un tipo egipcio el del Santo, como lo prueba esa barba puntiaguda? En fin, no veo á San Pablo, y si unas flores de madera sobre aquella mesa.
- D. JUSTO. A ese parecer, ¿qué quiere V. que le diga?

Entierro de D. ALVARO DE LUNA. (N.º 31.)

- Vea V. ese otro cuadro del Sr. Cano, que representa á unos frailes pidiendo limosna para enterrar el cadáver del condestable D. Alvaro de Luna. Observe V. la buena manera con que está ejecutado en su mayor parte, y sobre todo, lo bien compuesto.
- D. SEVERO. Lo que estoy observando es ese muchacho, ó sea el page; ¿qué ropas tan bonitas y tan nuevas tenía para un trance como ese! ¿y qué bien le habían peinado para este día! ¿no le parece á V. que está demasiado reluciente y compuesto?
- D. JUSTO. Algo puede haber de eso; pero ojalá hubiera muchos cuadros por el estilo.

Cuatro países del Sr. Haes. (N.ºs 68, 69, 70 y 71.)

- D. SEVERO. Dígame V., ¿de quién son aquellos cuatro países?
- D. JUSTO. Del Sr. Haes.
- D. SEVERO. Pues, ó yo no lo entiendo, ó son muy buenos.
- D. JUSTO. Gracias á Dios que ha encontrado usted algo que le guste; y á fé que no se ha equivocado. Al Sr. Haes, como paisista, hay que quitársele el sombrero.
- D. SEVERO. Vea V.; pues por eso nos harán estar con él en la mano.
- D. JUSTO. Vaya, amigo, V. parece que está despacio, y yo tengo que marcharme.
- D. SEVERO. Lo siento; porque me han dicho que hay muy buenos cuadros de Sans, Manzano, Llanos, Esquivel, Gomez, La Linde y otros muchos que desearia ver con V.
- D. JUSTO. No tengo inconveniente.
- D. SEVERO. ¿Y dónde podré encontrar á V. otro día?
- D. JUSTO. Muy fácilmente: no tiene V. más que ir á la Redaccion del Nosotros, y preguntar por

Cosme Algarra.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

MESA REVUELTA.

En el teatro de Novedades se está ensayando, para ponerse en escena en esta semana, el drama en cuatro actos y en verso, titulado *Las aves de paso*, original del Sr. Rivera.

Dios le dé las alas que necesite, para que al remontar su vuelo no se estrelle.

El famoso pintor Mr. Horace Vernet ha llegado á Paris, de vuelta de su viaje á la India.

Nos han asegurado que durante su permanencia en la India no se le ha visto por Paris.

Donati, descubridor del último cometa visible que hemos tenido ocasion de admirar, ha sido nombrado astrónomo pensionado del Museo Imperial de Florencia.

Aun cuando descubra otro, no será nombrado del de Madrid, puesto que no existe.

Parece que el actor D. Pedro Delgado va á hacer una *novedad* en el teatro de las idem, titulada *Shakspeare enamorado*.

¿Le habrá repartido algun papel al insigne Cabello?

¿No lo permita Dios!

La simpática prima donna Sra. Bernardi hizo su primera salida en el teatro Imperial de San Petersburgo con *Maria di Rohan*, alcanzando en su ejecucion un verdadero triunfo. Las demas partes fueron hábilmente interpretadas por Tamberlick y De Bassini.

Fué tan intenso el frio la noche de la ejecucion de la obra, que se helaron algunas notas, y solo pudieron vibrar en toda su fuerza, al deshelarla el sol el dia siguiente.

Parece que el distinguido autor de *El Trovador* y de *Simon Bocanegra*, el Sr. D. Antonio Garcia Gutierrez, se ocupa en escribir un drama muy notable, con el título de *Roger de Flor*.

¿Falta hace que los colosos del arte despierten de la apatía en que yacen, con grave perjuicio de nuestra literatura.

Un americano ha comprado en 75,000 francos el famoso castillo de Monte-Cristo, situado cerca de San German, propiedad que le costó al célebre novelista Mr. Alejandro Dumas 400,000.

Proporciones más ventajosas nos han hecho para el Nosotros, y las hemos rechazado... por no vender á nuestros suscritores.

El Consejo municipal de Roma ha resuelto la construccion de un teatro digno de la ciudad monumental, habiéndose nombrado una comision para que en el término de dos meses presente los planos y presupuestos necesarios.

No se admitirá como empresario al Sr. Urries.

DIRECTOR, Manuel del Palacio.

MADRID.—Imp. de J. CASAS Y DIAZ, Editor responsable, calle del Lobo, 12.